

## BIBLIOGRAFIA

---

### UN POETA VERDADERO

(José Joaquín Casas, miembro correspondiente de la Real Academia Española.—POESÍAS, compiladas por Jesús Casas Manrique y Roberto Morales Olaya—Casa editorial de Arboleda & Valencia—Bogotá—1920—Pp. X + 78, 8.º)

#### CARTA-PRÓLOGO

Bogotá, febrero de 1921

Señores don Jesús Casas Manrique y don Roberto Morales Olaya.

Mis queridos amigos:

Me cõmplace mucho la noticia de que ustedes preparan una edición escogida de las poesías del doctor don José Joaquín Casas, no comprendidas en la celebrada colección de *Crónicas de aldea*. Es digno de aplauso todo esfuerzo que se haga por poner al alcance del público joyas poéticas que las nuevas generaciones deben conocer y estudiar, como medio eficaz de formar el gusto, y de elevar la mente a las regiones ideales de la verdadera poesía. Porque el doctor Casas es, y ha sido siempre, desde su niñez, un inspirado poeta, es decir, un individuo nacido para sentir y cantar las cosas bellas, y para leer en el libro de la naturaleza las altas revelaciones que no alcanza a descifrar el común de los mortales.

En las poesías más antiguas que contiene este volumen, una de las cuales lleva la lejana fecha de 1884, ya se observa la noble calidad de la inspiración del doctor Casas y su admirable maestría para manejar el verso. Nunca ha hallado él dificultades para expresar en estrofas perfectas sus pensamientos y emociones: y antes ha tenido en ocasiones que reprimir su envidiable espon-

taneidad, la cuál requiere más bien freno que acicate, al revés de lo que acontece a la inmensa mayoría de los versificadores. Y no se crea que esa facilidad esté compensada por el desaliño en la expresión o la floja textura de los versos, como sucede ordinariamente; pues los del doctor Casas son siempre llenos, elegantes y armoniosos, y el pensamiento y la forma se abrazan amorosamente, despertando muy a menudo la idea de lo acabado y perfecto.

Cuando el doctor Casas, joven de veintidós años, leyó en la Academia Católica su *Canto a María*, causó general asombro la magistral versificación de esa pieza; y recuerdo que don Miguel Antonio Caro felicitó de manera muy expresiva al autor, considerándolo como maestro en el arte que el traductor de Virgilio conocía práctica y científicamente, hasta en sus mayores reconditeces. Ese canto, de tan sincera inspiración religiosa, de formas tan armoniosas y gentiles, de tan delicados toques descriptivos, afianzó la reputación del poeta y lo colocó en la primera fila de la juventud literaria de la época.

Hermanos del *Canto a María* son los dedicados *A las artes* y a *Las misiones*, el último de los cuales echo menos en esta colección. En el primero, el poeta, supliendo con el poder de su fantasía la impresión deficiente que nos dan de las obras maestras de la pintura y de la escultura, los grabados, las fotografías o las copias más o menos imperfectas, evoca en estrofas magníficas, el recuerdo de creaciones tales como la Concepción de Murillo, el Moisés de Miguel Angel, la Transfiguración de Rafael. Las estrofas en que pinta al maestro sevillano en los momentos en que fija en el lienzo la dulce imagen de la Inmaculada, forman un cuadro bellissimo, modelo de poesía plástica y luminosa. El tema de las artes ya había sido tratado por Meléndez Valdés y por Reinoso, maestros de la poesía española en el siglo XVIII;

y no obstante, el poeta colombiano nada les debe, vuela por cuenta propia, como el águila que describe Meléndez en la soberbia introducción de su oda; y cuando canta algo que ha visto con sus propios ojos, el bronce inmortal de Tenerani, la efigie del padre de la patria; llega a la esfera de lo sublime, y en estrofas, que parecen medallas clásicas, rinde a Bolívar un homenaje, no indigno de colocarse cerca del que le consagró el señor Caro en su oda imperecedera.

El canto del doctor Casas serviría de ilustración a la teoría que en términos definitivos estableció el grande estético Lessing sobre las diferencias entre la poesía y la pintura; apta la primera para reproducir los incidentes sucesivos de una escena; insuperable la segunda para fijar un momento único, un gesto, una actitud. El poeta transporta hábilmente al terreno intelectual de la poesía, la impresión pictórica de los cuadros; y es fiel a la verdad cuando nos transmite el recuerdo exacto del original; pero se aparta, en algún caso, ligerísimamente de ella, cuando haciendo uso del privilegio poético, pasa de los movimientos simultáneos a los sucesivos, por más que éstos no estén separados sino por brevísimos intervalos de tiempo.

Completan esta primera sección tres epístolas entercetos que recuerdan, por la solidez de su factura, por su estilo a un tiempo sencillo y elevado, por la brillantez de los conceptos, aprisionados en la malla de oro de la terciá rima, aquella célebre epístola de Núñez de Arce, que leyó el actor don Manuel Catalina en el Teatro Español y que empieza así:

Senado ilustre, público discreto  
Que siempre diste cariñoso abrigo  
A la musa de Lope y de Moreto.

En esas epístolas, ya hable el doctor Casas con un amigo del alma, ya se dirija a sus amados discípulos del liceo de Pío X; ya salude, con republicana gentileza, a un príncipe español, descendiente de Carlos V, hace ostentación el poeta de los sentimientos que forman la unidad de su vida y son el alimento de su alma: su ardiente fe religiosa; su inquebrantable confianza en Dios; su afecto ternísimo a la niñez; su indomable amor patrio; su entusiasmo por el arte y por la belleza; su altivo españolismo. . . . Al contrario de otros poetas, en quienes la esplendidez de la forma artística contrasta con la tétrica sequedad de su egoísmo, en el doctor Casas vemos que es del corazón de donde brotan los rayos más puros y vibrantes que encienden y abrillantan su obra poética.

Aparecen hoy, reunidas por primera vez, varias traducciones que acreditan al doctor Casas de eximio intérprete en verso y hacen lamentar que no sea más numeroso el grupo de sus versiones. Casas, como Guillermo Valencia, reúnen la potencia lírica y la inspiración refleja: con la primera, dan forma a sus creaciones propias y originales; con la segunda, hacen suyas, obras maestras de otras literaturas. En la elección de las piezas traducidas, se advierten las tendencias personales del poeta: el idealismo amoroso en *El Lago* de Lamartine; la fe del alma adolorida, en *Resignación* de Longfellow; el alto concepto de la misión del poeta en *La distribución de la tierra* de Schiller; la confianza en los destinos de la humanidad en *La botella al mar* de Alfredo de Vigny. Es ésta una de las más grandes inspiraciones líricas del siglo XIX: poesía de un simbolismo trascendental, pero no recóndito y oscuro, sino claro y traslúcido: canto que inspira consoladora confianza y fe en la obra del genio; muy al contrario de las poesías pesimistas y desconsoladas en que vertió su amargura

el melancólico y orgulloso cantor de *Sansón* y de *La muerte del lobo*. El doctor Casas ha hecho una interpretación soberbia de esa oda grandiosa; siguiendo de cerca la letra del original, y dando a sus octavas reales vuelo tan arrogante y expresión tan castiza, como si el pensamiento no hubiese sido primitivamente concebido en una lengua extraña, sino que hubiese nacido al calor del genio castellano.

Finalizan la colección unos pocos sonetos que están allí para recordar que su autor es uno de los maestros en este difícil género de metrificación y que lo acomoda a todos los asuntos, desde los más altos hasta los más humildes. Los presentes son muestra de la poesía etérea y soñadora que tiene en el doctor Casas uno de sus mejores intérpretes. Tanto es así, que aun escritores poco favorables a las ideas y aficiones de nuestro poeta, al encontrar uno de estos rasgos de inspiración genial y purísima, le han rendido pleito homenaje. Noto la falta de uno de los sonetos que más me han llegado al alma, y antes de terminar estas líneas, quiero citarlos, para que de alguna manera éntre a formar parte de esta colección.

Dice así:

#### CRESPÚSCULO

Cuando en mitad de su triunfante vuelo  
El rojo sol las nubes ilumina,  
Hacen los rayos que su faz fulmina  
Los flacos ojos apartar del cielo.

Mas cuando tiñe de la tarde el velo,  
Sosegada la lumbre vespertina;  
La mirada, perdiéndose, domina  
Orbes más vastos que soñó el anhelo.

Mientras la dicha sus fulgores lanza,  
La mente, hundida en terrenal bajeza,  
Nada divino a penetrar alcanza;

Crepúsculo del alma es la tristeza,  
A cuya luz la tímida esperanza  
La playa ve do el infinito empieza.

Deseando que esta publicación tenga el éxito más halagüeño, como debe tenerlo, por su mérito intrínseco y por honor del buen gusto de nuestros compatriotas, quedo de ustedes amigo y servidor afectísimo,

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

EPISTOLA A HERNANDO

L'art des transports de l'âme est un faible interprète;  
L'art ne fait que des vers, le cœur seul est poète.

ANDRE CHENIER-

Devant le sentiment le goût est désarmé,  
Et mon cœur ne retient qui ce que l'a charmé.  
Chantons pour soulager ce qui gémit en nous!

LAMARTINE-

Ya, alegre a las sonrisas del verano,  
Natura me descubre los secretos  
Que quise enantes arrancarle en vano.

Y aunque esta estrofa me pondrá en aprietos,  
Caro Hernando, la epístola ofrecida  
Voy a escribir en fáciles tercetos.

Fáciles, sí: la rima me convida,  
Y a un tiempo me enardece y me refrena  
Como al corcel el látigo y la brida.

Mi mente así, con lastre y sin cadena,  
Segura va, cual ave cautelosa  
Del alto azul por la región serena.

Mas ¿no es extraño que a mi carta sosa  
Comienzo dé con prólogo erudito  
Mientras del alma la emoción rebosa?

¡Extraño a fe! Por tanto, solicito  
Que la nota didáctica perdones  
Y des por nulo cuanto llevo escrito.

Tú sentirás mis hondas impresiones  
Si el sitio ameno donde en calma vivo  
Presta a mi lira sus incultos sonos.

Fácil aquí la inspiración recibo,  
Con la deidad campestre consultando  
Cada terceto que a su impulso escribo.

Ella, con voz que instruye deleitando  
Oculta entre los árboles, parece  
El nombre amigo repetir de Hernando.

Y en la quietud que el ánimo adormece  
Pienso lay de mí! que el corazón marchito.  
Revive a la esperanza y reverdece.

Al menos en mi bosque favorito  
Cede al dolor, la soledad me embarga  
Y en inefable placidez medito.

¡Ya que es la senda fatigosa y larga,  
Pueda a su orilla el triste peregrino  
Breves instantes deponer su carga!

Yo que por sendas ásperas camino  
Tristeza devorando prematura,  
Aquí las sienes, sin afán reclino.

Porque este sitio de eternal frescura  
Es cual la madre playa salvadora,  
Es una tregua de la *Selva oscura*.

Aquí la brisa, alegre moradora,  
Ya mis pesares aliviando canta,  
O compartiendo mis recuerdos llora;

Y con ingenua suavidad que encanta  
Bulle los troncos que la edad respeta  
Y sus adustos vástagos levanta;

O ya me dice, refozando inquieta,  
Como queriendo con risueña mofa  
Hurtarme la atención: «¡Vaya un asceta!»

Torno a mirar, se esconde y me apostrofa  
Y añade: «El nombre de tu dulce ingrata  
Rima conmigo, te daré una estrofa.»

Quiero vengarme, y huye y se recata . . . .  
Mas, llegando de pronto en remolino,  
Esta carta me enrolla y me arrebata;

Con ella emprende su veloz camino  
Cual si en sus alas rápidas quisiera  
Llevarla sin tardanza a su destino.

¡Bien haya, pues, la alada mensajera  
Que interpretar y transmitir procura  
Lo que me dicta la amistad sincera!

¡Bien haya el bosque, la corriente pura  
Del aroyuelo, que en perenne giro  
Dulces palabras sin cesar murmura,

Y salta resonando en mi retiro,  
Como las quejas del amor, doliente,  
O tímido y fugaz como un suspiro!

¡Ay! si ya el fuego de entusiasmo ardiente  
Ha muerto, al menos como mustia palma  
Se mece en sueños de quietud mi mente.

Forje quimeras y revuele en calma  
Ya que cual antes, ascender no pueda,  
En generosos ímpetus el alma.

Nueva ilusión a la que huyó suceda;  
Retoñe la esperanza cual retoña  
La sonora pompa en la arboleda;

Del canto al són, recelo que emponzoña  
Huya, cual fiero que el redil asalta  
Huye al clamor de pastoril zampoña.

Si ya no el fuego que la mente exalta,  
Brote espontánea la emoción cual brota  
La flor menuda que el sembrado esmalta.

Brote espontánea como fuente ignota  
Que humilde baja de enramada gruta  
Y corre débil, pero no se agota.

Como silvestre y escondida fruta  
Que de licor dulcísimo cargada  
Brotó en los gajos de la penca hirsuta;

Como en los bosques la primer tonada  
Con que las aves, en flexible acento  
Cantan al par la luz de la alborada;

Como ese casto, vagoroso aliento  
Que flor temprana, cual primicia envía,  
Las leves alas perfumando al viento.

Y es ésa la emoción que el alma mía  
Siente en la augusta soledad; y es ésa  
La virgen, la impalpable Poesía:

Dulce inquietud que anima y embelesa;  
Himno del alma que en silencio gime  
Por las angustias del destierro opresa,

Y en los delirios de su afán sublime,  
Con noble aliento sacudir procura  
Lejos de sí la carga que la oprime;

Secreta voz que lo invisible augura,  
Sin que profano la cautive, y preste  
Lenguaje vil su tosca vestidura;

Nota que alada, vagorosa, agreste,  
Al esparcir su vibración semeja  
Eco fugaz de música celeste;

Luz que ese sol adivinar nos deja  
Que del edén los horizontes dora,  
Y lánguido en la mente se refleja;

Emanación del alma soñadora,  
Del alma que es cual delicada esencia,  
Y fácil, cuando canta, se evapora;

Viva expresión de la inmortal tendencia  
Que si acreciendo nuestro afán contrista,  
Siembra también de encantos la existencia;

Inspiración que arrastra nuestra vista  
Y hace en el hombre despertar, lozanos,  
Adormecidos gérmenes de artista.

Mas ¿dónde voy perdiéndome en arcanos,  
Que sin sentir la péñola abandono  
Para tomar la cítara en las manos?

Yo que del orden la virtud pregonó,  
Si trato de la amable Poesía  
Me pierdo, es fijo, levantando el tono.

Mas ¿quién tratarla con desdén podría,  
Quién que en el alma el generoso instinto  
Sintió de amor, de gloria y de armonía?

Oscuro yo, la adoro en mi recinto,  
Yo que llevando mi flexible lira  
Voy cual soldado con su acero al cinto.

¡Esta es mi espada! si a vencer no aspira  
En todo azar mi espíritu sosiega,  
Y calma, en horas de inquietud, me inspira.

Su dulce ayuda que jamás me niega,  
Reanima mi valor desfalleciente  
Y aviva mi esperanza en la refriega.

Ella es también mi amada confidente.  
Pues como a ti sin vacilar le fio  
Cuanto yace recóndito en mi mente.

Bien lo muestra la carta, Hernando mío,  
Que cierro aquí. Para escribirla llana  
Dejé correr la pluma a su albedrío.

Y he de escribir como me dé la gana,  
Que mi Musa campestre y juguetona  
Es con meros afeites más galana.

¿Quién sino Dios mi espíritu alecciona?  
¿Boileau tal vez o el déspota Hermosilla  
Que el genio con preceptos aprisiona?

Si a férrea ley la inspiración se humilla,  
Y muere luégo y se busca en vano,  
Diré en frase ejemplar, no es maravilla;

Pero si libre se levanta ufano,  
Se cierne en el espacio y lo domina  
Como el condor el pensamiento humano.

Libre es el genio como el ave andina;  
Con poderosa voz, pero secreta,  
Mostróle Dios la senda en que camina.

Lejos de mí retórica receta,  
Que opaca el sentimiento o lo anonada  
O a molde inexorable lo sujeta.

Quise escribir con pluma descuidada,  
Como hablan un amigo y otro amigo,  
Que hablan de todo sin hablar de nada.

En verso quise conversar contigo,  
Mas, vas a ver; con justiciera boca,  
Porque no acuses inmodestia, digo,

Pues ya juzgar mi epístola me toca,  
Si inspiración al escribirla tuve,  
¡Qué inspiración tan errabunda y loca!

Y esa me place; la que baja y sube,  
Multicolor, informe, vagorosa,  
Cambiante, en fin, cual veraniega nube.

Como a los versos la afición me acosa,  
En ellos te escribí; ni yo pudiera  
Trazar dos líneas de mediana prosa.

Y mi experiencia sana y verdadera  
Estos principios inconclusos funda:  
La carta, sin objeto es más sincera;  
La musa, sin asunto es más fecunda.

#### LA ULTIMA PALABRA

Al doctor Rafael María Carrasquilla

A solas en su lecho de amargura,  
Juan, con miradas suplicantes, ora;  
Ofrenda a Dios la bárbara tortura  
Del cáncer que la lengua le devora.

Una visión fantástica y sombría  
Rompió a deshora su angustioso sueño;  
De la tremenda amputación el día,  
Los corvos filis, el letal beleño....

Y ya es verdad: de estudiantil cortejo  
Seguido se adelanta el cirujano;  
El medroso, quirúrgico aparejo  
Previene ya su ejercitada mano.

Con voz que apenas la emoción disfrazo,  
—¡Amigo!—dice—por salvarte acudo;  
Fomenta el mal quien el remedio aplaza:  
Fuerza es quedar, mientras vivieres, mudo.

¿Algo tu afecto encomendar desea?  
Atento escucho: de decirlo es hora....  
—¡Cristo alabado para siempre sea!—  
Balbuce Juan, y el cirujano llora.

JOSÉ JOAQUÍN CASAS

#### LA FARANDOLA DE TARASCON

(Frederi Mistral)

Puedes viajar en extraño país,  
Tras de Rumania  
y de Alemania  
puedes viajar en extraño país  
y tocar en la corte del Lis.  
Mas nunca al paso  
verás acaso  
que se eclipsa la hidalga nación  
en que naciste  
y en que viviste  
una vida que es himno y canción.  
Aunque llegues a Roma imperial  
más monumentos  
y más portentos  
aunque llegues a Roma imperial  
hallarás en tu tierra natal:  
la cara fosa  
donde reposa  
quien te diera la sangre y el sér  
o los valientes